

desventurada. El patriarca, seguido del clero, pasó el primero, llevándose los vasos sagrados y los ornamentos del Santo Sepulcro : venia en seguida la reina de Jerusalem con los principales barones y caballeros. Saladino respetó su desgracia y la consoló con palabras nobles y dignas. Seguíanla gran número de mujeres que llevaban sus niños en brazos. Muchas de ellas se acercaban al trono de Saladino, y le decian : « Veis » á vuestros piés las esposas, madres é hijas de los guerreros » que guardais prisioneros. Dejamos para siempre nuestra » patria, que han defendido con tanta gloria ; nos ayudaban á » sobrellevar una vida angustiosa : perdiéndolos, quedamos » sin esperanza. » Saladino quedó muy conmovido de sus lágrimas, y prometió dulcificar los males de tantas familias desconsoladas. Volvió á las madres sus hijos, á las esposas sus maridos, á los hijos é hijas sus padres. Permitió que los hospitalarios se quedaran en la ciudad para cuidar á los peregrinos, y curar á los cristianos heridos de la última guerra ; por manera que de cien mil personas, solo quedaron catorce mil prisioneros. Todas las iglesias fueron convertidas en mezquitas, y fué restablecido el culto musulman como en tiempo de Omar en la metrópoli edificada en la planta del templo de Salomon. Tal fué el fin del reino fundado por Godófredo de Bouillon, que solo habia durado ochenta y ocho años. Desde entonces el reino de Jerusalem solo fué un vano título : y aun la dominacion pasajera del emperador Federico II no fué sino una quimera, sin carácter serio. Urbano III, al saber la toma de Jerusalem, murió de tristeza el 19 de octubre de 1187.

§ V. PONTIFICADO DE GREGORIO VIII (20 de octubre 15 de diciembre de 1187).

37. Las circunstancias eran muy críticas y complicadas : por lo que la Santa Sede solo vacó un dia, y al siguiente de la muerte de Urbano III, reunió la unanimidad de votos el cardenal Alberto de Benevento, que tomó el nombre de Gregorio VIII. Inmediatamente dirigió á toda la cristiandad una elocuente encíclica, donde apelaba á los sentimientos de honor y de fe

en favor de la infortunada Jerusalem. Toda Europa se conmovió, y las poblaciones enteras pedian la cruz, pareciendo haber revivido los tiempos de Pedro el Ermitaño. Gregorio VIII no vió el resultado de su enérgica protesta, pues murió un mes despues de su exaltacion, el 15 de diciembre de 1187.

§ VI. PONTIFICADO DE CLEMENTE III (19 de diciembre de 1187-25 de marzo de 1191).

38. El cardenal Paulino, obispo de Palestrina, fué elegido para suceder á Gregorio VIII, el 19 de diciembre de 1187, y fué entronizado bajo el nombre de Clemente III. El Occidente quedó muy afligido de los desastres de la Palestina. La república de Pisa, la primera, armó una flota de cincuenta bajeles. Clemente III remitió al arzobispo Ubaldo el estandarte de san Pedro ; y los cruzados fueron á desembarcar á Tiro, donde ayudaron al marqués Conrado de Monferrato á rechazar los ataques de Saladino. Los dos reyes de Francia é Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, que acaba de suceder á su padre Enrique II, tomaron la cruz, y decretaron una contribucion extraordinaria en sus Estados para hacer frente á los gastos de la guerra santa. Se dió á esta tasa el nombre de *diezmo saladino*, porque era de la décima parte de la renta de cada uno y estaba destinada á combatir á Saladino. El emperador de Alemania, Federico Barbaroja ⁽¹⁾, y el duque de Suabia, su hijo, al frente de cien mil hombres, se alistaron tambien bajo el estandarte de la cruz. Barbaroja, despues de haber sido tanto tiempo azote de la cristiandad, iba á hacerse un héroe. Él salió primero, y tomó el camino de Constantinopla. Isaac Angelo habia firmado secretamente alianza ofensiva y defensiva con Saladino, y sobrepujó en perfidias y traiciones contra los cruzados á los odiosos recuerdos de Manuel Comneno. Todos los caminos habian sido cortados y hechos impracticables, quitados los víveres, y ocupados militarmente ó amurallados

(1) *Eneo-Barbo*. Nosotros usamos del nombre acostumbrado en nuestras historias. (El Traductor.)

los desfiladeros al paso del ejército alemán. Los embajadores de Federico, enviados á Constantinopla para quejarse de tan inicuo proceder, fueron echados á un calabozo. Transportado de indignacion todo el campo de los cruzados, se queria atacar á Constantinopla y vengar la honra del nombre cristiano. Pero Barbaroja no era ya aquel príncipe que en un acceso de furia arruinaba ciudades y hacia pasar el arado por las ruinas de Milan. La verdadera grandeza habia entrado en su corazon con los sentimientos de sincera fe. Calmó á sus guerreros, y les dijo que el objeto de su peregrinacion no era Bizancio, sino Jerusalem. A pesar de los obstáculos que le multiplicaba por todo el tránsito la cobarde infamia de los Griegos, se abrió paso hasta Andrinópolis. Isaac Angelo se habia precipitado sobradamente al escribir á Saladino: « He reducido á la impotencia » á los peregrinos de Europa, y he cortado las alas á sus victo-
 » rias. » Se apresuró, por temor, á poner en libertad á los embajadores de Federico, y volviéndolos á ver, exclamó: « ¡ Gracias á Dios que encuentro á mis hijos! » Isaac Angelo quiso negociar inmediatamente un tratado de paz con el emperador de Alemania. Los diputados griegos, al presentarse á Federico Barbaroja, le dijeron: « El santo emperador, nuestro » amo, cuenta con que vos le juraréis fidelidad como á vuestro » soberano. Por otra parte, vuestro interés lo exige, porque » vos y vuestro ejército estais enredados por nosotros y cogi-
 » dos como en red. — Yo tambien, respondió el príncipe, soy » emperador por eleccion de mis vasallos y confirmacion del » Santo Padre; pero yo me acuerdo de mis pecados y no tengo » pretensiones de llamarme ni de hacerme llamar *santo*. Esas » redes en que creéis hemos caido, yo las cortaré como tela de » arañas. » Isaac Angelo no creyó prudente una resistencia que podia costarle el imperio, y prometió poner á disposicion de Federico suficiente número de bajeles para transportar los cruzados al Asia; desposó su hija con el príncipe Felipe, hijo del emperador alemán, y juró solemnemente en la iglesia de Santa Sofia ejecutar fielmente los artículos del tratado. El ejército se embarcó en el puerto de Galipoli. Federico se quedó

el último en las orillas de Europa, y no puso pié en su navío hasta haber visto embarcar á todos los suyos. Al aportar á las costas del Asia: « Tened confianza, dijo á sus soldados; este país es vuestro. Federico de Suabia, hijo del emperador, conducia la vanguardia, todos los bagajes iban en el centro; y Barbaroja, en la retaguardia, cubria la marcha. Los enviados del sultan de Iconio habian prometido de parte de su amo asegurar las subsistencias del ejército de los cruzados: no era sine ficcion concertada con Isaac Angelo para perderlos mas de seguro. El 14 de mayo de 1190 se encontró el ejército metido, sin apercibirse de ello, en un valle estrecho, cuando vió en las alturas dominantes innumerables batallones de Turcos, que lo tenian cercado por todas partes. Era el sultan de Iconio, digno aliado del emperador de Constantinopla, que pensaba acabar con aquellas tropas aspeadas, rendidas de fatiga, acosadas por el hambre y la sed en su larga marcha al través de los ardorosos arenales del desierto. El sultan habia dado el mando general de sus tropas al sarraceno Melek, hábil guerrero y muy experto: y hasta el mismo sultan habia querido estar presente á la completa derrota y ruina del ejército europeo. A vista de estos enemigos, Federico Barbaroja dijo á sus soldados: « Hijos, ó vencer ó morir! no hay salvacion sino » en la victoria. » Lanzándose al frente de los suyos con la energía de su juventud, el heróico anciano se precipitó por medio del enemigo. Su ejemplo anima á los cruzados; y prodigios de valor y audacia deciden la victoria. Diez mil Turcos muerden tierra; los demás huyen despavoridos y se retiran á las guaridas de sus montes. Pero por la noche, el ejército victorioso se encuentra absolutamente sin víveres, que de antemano habia hecho retirar el Sarraceno; y el hambre, mas terrible que la cimitarra musulmana, amenazaba hacer perecer sin gloria á aquellos invencibles guerreros. Manda pregonar orden del dia Federico, y reanima sus esperanzas prometiéndoles nueva cosecha de laureles. « Soldados de Cristo, les » dijo, mañana, con ayuda de Dios, acamparemos en los jar-
 » dines del sultan de Iconio: hallaremos víveres abundantes

» y fuentes de agua purísima. Mañana, al despuntar la aurora, » esté cada uno en su puesto. » En el siguiente día, en efecto, los cruzados, puestos en orden de batalla desembocaban por la fértil llanura de Iconio. Un destacamento, á las órdenes del duque de Suabia, embistió los muros de la ciudad; el resto del ejército, al mando del emperador, tomaba posición en los jardines del sultán y se preparaba á recibir el ataque del enemigo. Barbaroja quiso reservarse el puesto de honor, el de mayor peligro. Aparecen en efecto los Turcos, y su caballería corona las fáciles cimas de los montes del rededor. « ¡Seguidme! » exclamó Federico. A Cristo la gloria! á Cristo el imperio! á Cristo la victoria! » Todo cede á su ímpetu: y quince mil Turcos sucumben al denuedo de los cruzados. Un canto de triunfo se oye en todo el ejército latino, cuando aparece radiante en las torres de Iconio el estandarte de la cruz. El joven duque de Suabia acababa de hacerse dueño de la ciudad, año 1190. La victoria de Iconio aseguraba á los cruzados las comunicaciones con Europa y abundancia de víveres: se podía ya entrever el día de libertad de Jerusalén. Hasta el mismo Saladino, consternado á la noticia de esta victoria tan brillante, envió embajadores á Federico para tratar de paz y de la restitución de los santos Lugares. Tan felices acontecimientos fueron inútiles. Al paso del río Cidno, Federico, á pesar de las súplicas de los suyos, echó su caballo en medio de aquellas aguas ya fatales á otro héroe. Inundado de sudor, el intrépido anciano había querido atravesar el río á nado: sus fuerzas le abandonaron, y muy pronto las frías ondas del Cidno, en el fatal 10 de junio de 1190, envolvían su cadáver! Imposible describir la consternación y desesperación del ejército. Los cruzados habían perdido su emperador, su general, su padre. El eco de sus gemidos resonó en toda Europa. « Llorad, escribía Pedro de Blois en una elo- » cuente carta, llorad, soldados infortunados, fieles vasallos del » mayor rey del universo. Vuestra vida, vuestra salvación, » vuestra luz, vuestra defensa, vuestra seguridad y fuerza desa- » pareció ¡ah! por la muerte. » Sin embargo, Pedro Blesense no era súbdito del emperador Federico, habitaba en los Estados

del rey de Inglaterra: y su carta, por tanto, es la espontánea expresión del dolor y pesadumbre de la Europa entera; es un noble testimonio de aquella fraternidad tan encantadora que las cruzadas habían generalizado en todos los pueblos católicos. Federico de Suabia tomó el mando del ejército: es verdad que murió como héroe bajo los muros de Ptolemaída, mas no había podido resucitar el carácter de su padre. La muerte de Federico Barbaroja dejaba el imperio de Alemania en manos de Enrique VI, que no siguió los ejemplos de su padre sino en lo que tenían de odioso, y que se mostró el más encarnizado enemigo de la Santa Sede.

39. Clemente III sobrevivió poco á Federico Barbaroja, pues murió el 25 de marzo de 1191, en el momento en que por su actividad y celo iban á embarcarse para la Palestina Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León.

§ VII. PONTIFICADO DE CELESTINO III (28 de marzo de 1191-8 de enero de 1198).

40. El cardenal Jacinto, de la poderosa familia de los Orsinis, fué elevado á la silla de san Pedro para suceder á Clemente III. El primer acto de su pontificado fué el solemne coronamiento de Enrique VI y de la emperatriz Constanza, su esposa. El nuevo César juró en manos del papa conservar intactos todos los derechos de la Iglesia romana, seguir en su gobierno las leyes de la justicia y equidad, y restituir todos los dominios usurpados al patrimonio de san Pedro por sus antepasados. Muy pronto olvidó Enrique su juramento.

41. La atención de la Europa estaba fija entonces exclusivamente sobre la cruzada. Guillermo, arzobispo de Tiro, que mas tarde había de ser su historiador, la había predicado en Inglaterra y en Francia. Contaba á la Europa consternada los desastres de Oriente, y los crueles reveses de que había sido testigo. Su elocuencia salía de un corazón partido de dolor; sus lágrimas, aun más persuasivas que sus palabras, habían alistado trescientos mil hombres bajo los estandartes de la cruz. Felipe Augusto puso el gobierno de su reino en manos de la